

# *Palacio Atard y los estudios sobre la guerra civil española*

Secundino-José GUTIÉRREZ ALVAREZ

Entre los numerosos trabajos que abarcan con amplitud y en forma global o parcial el tema de la guerra civil, desde perspectivas distintas, debemos señalar catorce estudios, cuya publicación data de 1966-1973. Es un importante repertorio de títulos, que engloba la dedicación académica de siete años, cuando en España comenzaba a abrirse camino entre el profesorado universitario una revisión de los temas de la guerra con fuentes nuevas.

Fue Sala Balust, rector de la Universidad Pontificia de Salamanca, el que llevó al profesor Palacio Atard al tema de la guerra de España, al hablarle por primera vez de la importancia de los fondos documentales que se encontraban en el viejo convento de San Gregorio en Salamanca y que procedían de los papeles «recuperados» (1) por el general Ungria en la zona republicana.

Poco después, en un viaje a Alemania en 1961, se encontró el profesor Palacio que había personas que se interesaban desde la Universidad por la guerra civil española. Existía un acuerdo entre las universidades de Heidelberg y Leipzig para tener seminarios conjuntos. El tema que eligieron aquel año fue la guerra civil de España. Se acababa también de publicar la obra de Manfred Merkes sobre la política alemana ante la guerra española. Como el tema tenía interés en los ámbitos universitarios extranjeros, se planteó Palacio la necesidad de formar un grupo para trabajar sobre la guerra. En 1966 aparecía el primer fascículo de *Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España* (2).

---

(1) Un decreto publicado en el *Boletín Oficial del Estado* el día 27 de abril de 1938 creaba la Delegación del Estado para la Recuperación de Documentos que pudieran «suministrar información sobre actividades de los enemigos del Estado». Este es el origen del Archivo de la guerra civil en Salamanca. Dependió primero de la Secretaría del general Franco; pasaría luego a la Presidencia del Gobierno y durante años fue dirigido por el vicealmirante Jesús Fontán Lobé.

(2) *Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)*. Serie 1, fascículo 1. *Perdidos I*. Universidad Complutense de Madrid, 1966.

Paralelamente a la iniciativa de Palacio Atard, aparece la *Historia de España* de Carlos Seco, que es la primera historia crítica, no conformista, que se escribe en España después de la guerra, aunque el escritor Southworth se esfuerce, en su obsesivo afán de regatear todo mérito a la historiografía española, en no reconocerlo. Es el primer planteamiento científico de conjunto que se hace en España sobre la República y guerra civil. Primera historia de autor español que no ocupa posición de beligerante, y por eso tuvo tan excelente acogida. También, por primera vez en una obra publicada en el interior, no se habla de cruzada, sino que llama a la guerra por su nombre: guerra civil. Para contrarrestar lo que se decía, los editores cargaron el acento en las ilustraciones y en los pies de las mismas. En la segunda edición desaparecieron los «desafortunados pies». Con toda razón advierte Seco en el *Prólogo* a la séptima edición, que la selección de las ilustraciones para la primera edición —de origen nacional casi todas— se habían hecho por los editores. Era el miedo a la censura (3).

La guerra se convierte en tema de estudio e investigación a principio de los años sesenta en la Cátedra de Historia Contemporánea de España, de la Universidad Complutense de Madrid, cuyo titular era entonces el profesor Vicente Palacio Atard. Dejaba de ser un asunto acaparado por las universidades extranjeras y «tabú» en las españolas. Antonio Gallego Morell secundaba la iniciativa en el Departamento de Literatura de la Universidad de Granada.

En los años finales de los cincuenta y principios de los sesenta, era muy difícil aventura empezar, con objetividad académica, a reconstruir la historia de la guerra civil española, para modificar criterios, corregir planteamientos y llevar la reflexión crítica a la línea ideológica subyacente en las publicaciones sobre la guerra civil, que ni siquiera podía ser llamada así. Aparte las dificultades de la censura —implacable censura oficial en la primera época de Franco, años cuarenta y cincuenta—, había que contar con la alarma que los temas de la guerra producían en determinados sectores de la sociedad.

El año de 1961 marca un hito importante en la historiografía sobre la guerra española. Se cumplen los veinticinco años de la guerra civil y oficialmente se celebran los veinticinco años del nuevo Estado español. En torno a esa fecha van siendo superados —aunque lentamente— los efectos de la guerra, y al quedar atrás la polémica apasionada, aparecen los primeros títulos críticos. Sería un error suponer que los fenómenos de cambio surgen como producto del azar y no como consecuencia de circunstancias sociales. En 1961 culmina un periodo y se abre otro diferente. Insistimos, brevemente, en estos años.

Antes de estas fechas no se hace historia, tarea entonces muy difícil, porque los estragos de la inmensa contienda española pesaban sobre vencedores y vencidos. Pero algo iba a cambiar. Desde el punto de vista del análisis so-

---

(3) Prólogo del autor a la séptima edición de *Historia de España*. Barcelona, 1978. En una reciente conferencia en la Biblioteca Nacional de Madrid volvió a insistir sobre las dificultades que tuvo con la censura en 1962.

ciológico, 1961 constituye el arranque de una demanda que altera cualitativamente el cuadro conformado por las clases sociales. En 1960-62 se publican varios libros sobre la guerra. Entre ellos, los de Merkes, antes citado; *Diario de la guerra* (1961) del periodista ruso M. Kolstov, en versión italiana en Milán y a los dos años en Ruedo Ibérico; la *Historia* de Thomas, en Londres y Nueva York (1961); Bolloren, *El gran año* (1961); la guerra vista por el alemán H. G. Dahams (1962); *Falange* (1962) de S. Payne, así como el segundo volumen de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco* (1960). En Barcelona, *Un millón de muertos* (1961), de Gironella, segunda parte de una trilogía sobre la guerra que venía precedido por el éxito de *Los cipreses creen en Dios*.

Estas obras son otra manera de ver y entender los hechos que, juntamente con otras publicaciones de estos años, contribuirán a renovar las ideas sobre el tema y a crear un hábitat mental más receptivo a las críticas. *Un millón de muertos* provocó opiniones encontradas en torno a su valor y alcance. Fue un intento de comprensión de la catástrofe; pese a ello y a que tiene un valor documental como crónica de hechos históricos, no fue bien recibida por un amplio sector de la crítica. La temática sobre la guerra civil sigue planeando sobre la novela de Ramón Sender, *Requiem por un campesino español*, publicada en Nueva York en versión inglesa en 1960. Al año siguiente, en Buenos Aires, sale la edición castellana.

La literatura de denuncia social tiene dos muestras: *La criba* (1961), de Daniel Sueiro, y la *Mina*, de Armando López Salinas.

Todas estas obras interesaban, sobre todo, como lectura de rebelión, como alternativa frente a la historia oficial, que carecía ya de respuesta coherente y atractiva. Y contribuían a popularizar en España el tema de la guerra. La tímida liberación cultural iniciada desde el Ministerio de Información y Turismo, desde la llegada a él de Manuel Fraga en 1962, propiciaba que los libros sobre la guerra —juntamente con los temas sociales y marxistas— se convirtieran en moda intelectual de los círculos universitarios en los años sesenta.

El impacto de esta apertura se hizo notar también en la Iglesia española. Parte del clero se abre a nuevas corrientes, superando las resistencias de la jerarquía. El Concilio Vaticano II (1962-1965) fue capaz de acelerar, más allá de los hechos, los fenómenos profundos del cambio. En el curso de esos años se imponía la idea de la aconfesionalidad del Estado. Quedaba muy atrás 1953, «el momento cumbre de la confesionalidad» (4). En la primera asamblea conjunta de obispos y sacerdotes, celebrada en Madrid —septiembre de 1971— se reconocían «humildemente» negligencias y se pedía perdón por no haber sabido intervenir, como ministros de Dios, en la guerra fratricida de 1936-1939.

La desaparición de la censura, unido a las pasiones que suscitaba el tema de la guerra, más el despertar del apetito del lector español por la literatura

---

(4) M. Fernández Areal: *La política religiosa católica en España*. Barcelona, 1970. Pág. 180. Juan José Ruiz Rico: *El papel político de la Iglesia católica en la España de Franco*. Madrid, 1977. También Mondadori (ed.): *Pro e contra Franco*. Milán, 1972. Pág. 99.

sobre la guerra civil, explican el éxito de los libros publicados en los últimos años de la década de los sesenta. El debate sobre la guerra, que se suscita entonces, puso en primer plano a Ricardo de la Cierva. Este fue encargado por Manuel Fraga para impulsar los estudios sobre la guerra desde la «Selección de Estudios sobre la Guerra de España», creada en mayo de 1965 también por iniciativa de Fraga. La Sección funcionaba dentro de la «Secretaría General Técnica» del Ministerio de Información y Turismo.

Fraga se planteó la creación de una sección de estudios sobre la guerra después de un viaje que hace a Alemania, siendo director del Instituto de Estudios Políticos. Había visto en Alemania el interés por los temas de la guerra española, y cuando venían los extranjeros a investigar no había bibliotecas especializadas, y entonces montó la del ministerio y la Sección de Estudios sobre la guerra. Escribe H. R. Southworth que De la Cierva fue elegido por el ministro Fraga Iribarne para lavar la propaganda de la cruzada y que «la obra iniciada a finales de la década de 1960, y la de sus imitadores y colaboradores, aumentó considerablemente la creciente bibliografía sobre la guerra civil española, aunque tuvo poco efecto permanente en la opinión pública». Pero ofrecía, ciertamente, una novedad en relación con los estudios que se venían haciendo en España sobre la República y guerra civil: la contundencia frecuente en las afirmaciones y general en el tono, respecto a los temas que trataba. Todo ello, unido a una nueva forma de enfocar las investigaciones, con acento más tolerante, sin exclusiones. Habida cuenta de los años, entonces supuso una apertura perceptible.

En este marco, el profesor Palacio Atard abrió en su cátedra de la Universidad Complutense de Madrid los estudios científicos sobre la República y la guerra civil española. Le movía el deseo de «superar los planteamientos polémicos de las dos Españas e intentar que el trabajo estuviera inspirado en una voluntad de concordia», promocionando escritores jóvenes «con una disposición de ánimo distinta a la de aquellos para quienes la guerra fue una parte de su vida» (5).

El historiador Palacio se ocupó directamente de los temas de la guerra en tres momentos decisivos: al publicar los *Cuadernos Bibliográficos* y los *Anejos*, 1966-1970; en 1972, con dos colaboraciones para el *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* sobre el Estado y la Iglesia durante la República y guerra civil, y en *Cinco historias de la República y de la guerra*, 1973. Tiene otros escritos menores, dispersos, como la puesta al día del estado de la cuestión sobre la Bibliografía de la guerra, publicado en «Tercer Programa», números julio-agosto-septiembre, 1967, y «El estudio histórico de la guerra española de 1936» (6).

---

(5) Vicente Palacio Atard: «La guerra de folletos», en *Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)*. Serie 1, fascículo 1. *Folletos*. Universidad Complutense de Madrid, 1966. VIII.

(6) Esta parte final del *Discurso* de apertura del año académico 1969-1970 de la Universidad de Madrid, 1969, págs. 38-41, está reproducida en *Aproximación histórica a la guerra española (1936-1939)*. *Anejos de «Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)»*, núm. 1. Universidad Complutense de Madrid, 1970.

### Los Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)

Los *Cuadernos* fueron la primera obra de un proyecto (7) largamente pensado. Muestran una pacientísima labor, que gira principalmente en torno a lograr un repertorio informativo «sobre las fuentes documentales susceptibles de ser manejadas», para la incorporación a los trabajos de nuevos perfiles que dan la consulta de esta documentación. En 1966 la Cátedra de Historia Contemporánea de España publicaba el primer fascículo, de los que aparecieron seis volúmenes de tres diferentes series: folletos, periódicos y memorias, a los que hay que añadir dos más de anejos, con trabajos fundamentales. En aquellos momentos se producía una importante evolución metodológica en el estudio de la guerra, al reconvertir un tema polémico en objeto de tratamiento académico.

A que su difusión haya sido inferior al mérito —piénsese en la fecha y en el campo abarcado— ha contribuido la actitud de su director, Palacio Atard —y es obligado decirlo— que ajeno a las servidumbres del momento se niega a aceptar subvenciones especiales. Esta independencia limitó mucho los medios para la publicación. Se hicieron dentro de la reducida subvención ordinaria del Fondo de Ayuda a la Investigación de la Universidad. Ayudas limitadas de la Universidad, 50.000 pesetas, cantidad que percibía anualmente cada cátedra para la investigación. Con aquellos recursos tiraron para adelante seis volúmenes más dos anejos. Se hizo sin que nadie cobrara un céntimo. Fue una labor poco espectacular, pero necesaria. El ambicioso proyecto quedó incompleto. A las tres series seguirían otras de documentos, biografías, obras generales, temas militares, asuntos internacionales, cuestiones político-ideológicas y temas varios.

Entre las diversas causas que concurren a una valoración muy positiva de los *Cuadernos* cabe destacar la independencia de criterio, libre de todo partidismo, que pese a ser una obra hecha por manos múltiples, no se perciben enunciaciones subjetivas, incluso en los aspectos formales. Así, por ejemplo, se evitaron los términos polémicos, como fascistas, rojos, etcétera.

Los *Cuadernos* ofrecen un interés que es advertido plenamente por los historiadores al dejar disponible un instrumento eficaz de trabajo de incalculable valor. Así lo apreció la crítica internacional más objetiva y atenta a la realidad, como la que apareció en *The Papers of the Bibliographical Society of America*, 1968, parte tercera, y la de Helio Damante, comentarista político del periódico *O Estado*, de San Pablo, periódico de mayor tirada del Brasil (8).

Cuando apareció el primer fascículo de los *Cuadernos Bibliográficos de la*

---

(7) Para la elaboración de este proyecto, Vicente Palacio, catedrático de Historia Contemporánea de España, formó un equipo de diez personas. De aquel grupo inicial, tres son hoy catedráticos de universidad; uno, profesor titular de universidad; dos, profesores del CSIC, y cuatro, catedráticos de instituto.

(8) «Suplemento literario», de *O Estado*, de San Pablo, 10 de febrero de 1968. Y como anécdota, el 14 de febrero —a los cuatro días— se recibía en la redacción la primera petición desde Brasil.

guerra no se había hecho ningún estudio bibliográfico que abarcara una producción tan amplia como la que presentaba el equipo del profesor Palacio. En 1938 JVC publicó *Montserrat* (9). Esta obra, impresa en Barcelona y que fue entonces muy polémica, incluía en época tan temprana más de 400 títulos sobre bibliografía «fascista y antifascista», pero añadía poco a los fondos que se conservaban en la Sección de propaganda en Barcelona. Dos años después, en 1940, Amador Carrandi publica en Bermeo *Ensayo Bibliográfico* (10), donde aporta unas 600 fichas de títulos —no siempre bien presentadas— de libros publicados dentro de la España llamada nacional. Comín Colomer, en 1952, ofrece una lista de títulos inferior a la de Amador Carrandi (11). En otro ensayo publicado en el *Boletín* de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, Perrino recoge 401 títulos, referidos casi exclusivamente a publicaciones aparecidas en España (12). Cinco años más tarde, la abundante bibliografía provocó la sorpresa del italiano Aldo Garosci al afirmar que la literatura sobre la guerra española conserva mayor vitalidad que las publicaciones sobre la segunda guerra mundial (13). El ensayo de Calvo Serer, *La literatura universal sobre la guerra de España* (14), es un trabajo modesto que trata de definir —desde las ideas y la política— a 41 autores. García Durán recopila, con precipitación, 6.248 fichas en *Bibliografía de la guerra civil española*, que componen, según De la Cierva, «un montón desarticulado de datos inconexos». Hay también una presentación trilingüe algo confusa. El mismo autor acaba de publicar *La guerra civil española: Fuentes*, donde el repertorio que presenta sobre la documentación ofrece grandes lagunas (15). No deja de ser un trabajo estimable la *Historiografía de la guerra civil española*, publicada en Méjico en 1965 (16).

(9) Vilar C. J.: *Montserrat: glosas a la carta colectiva de los obispos españoles*. Barcelona, 1938. Herbert T. Southworth, en *El mito de la cruzada de Franco*, lo identifica como Jorge Vilar, sacerdote.

(10) Florencio Amador Carrandi: *Ensayo bibliográfico de las obras y folletos publicados con motivo del movimiento nacional*. Bermeo (Vizcaya), 1940.

(11) Eduardo Comín Colomer: «Bibliografía de la guerra de liberación», en *Revista de Estudios Políticos*. Año XX, vol. XLIII, págs. 341-378. Madrid, 1952.

(12) F. Perrino: «Bibliografía de la cruzada española (1936-1939)», en *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*. Año III, núm. XIX. Madrid, abril-mayo 1954.

(13) ) Aldo Garosci: *Gli intelletuali e la guerra di Spagna*. Torino, 1959.

(14) Rafael Calvo Serer: *La literatura universal sobre la guerra de España*. Madrid, 1962. De un tema que había permanecido abandonado hasta fecha reciente: *La literatura española y la guerra civil*, está haciendo una importante contribución José Luis Varela, catedrático de Filología Española en la Universidad Complutense. Sobre la proyección literaria de la guerra de España, dice Gallego Morell que «es un tema de sorprendente vitalidad, tanto en las letras hispánicas como en las otras literaturas nacionales»; en A. Gallego Morell: «La guerra de España como tema literario». Prólogo a *La guerra española en la creación literaria (ensayo bibliográfico)*, de M. José Montes. *Anejos 2*, de *Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España*. Universidad de Madrid, 1970.

(15) Juan García Durán: *Bibliografía de la guerra civil española, 1936-1939*. Montevideo, 1964. También del mismo autor: *La guerra civil española: fuentes (archivos, bibliografía y filmografía)*. Barcelona, 1985.

(16) Javier Malagón: »Bibliografía de la guerra civil española», en *Panoramas*. Año III, núm. 16, págs. 203-221. Méjico, julio-agosto 1965.

Herbert Southworth ha publicado un repertorio bastante completo, hasta la fecha de su edición en 1963, titulado *El mito de la cruzada de Franco* (17). La intención fundamental de este experto en bibliografía de la guerra civil española, es desmitificar la «propaganda franquista» mediante un feroz alegato. Otros dos libros editados en 1966 y 1968 —cuando ya habían aparecido los primeros fascículos de la colección de los *Cuadernos*— son significativos de la revisión historiográfica que había suscitado interesantes discusiones: los *De la Cierva Cien libros básicos* y *Bibliografía sobre la guerra de España* (18).

### Folletos (19)

Los *folletos* tienen, sobre todo, un gran valor instrumental, habiendo reunido, mediante una labor estrictamente analítica de la bibliografía, 1.653 títulos correspondientes a 1.453 folletos y escritos menores del tiempo de la guerra. Las reseñas son concisas y no han podido enriquecerse con más datos porque el presupuesto de edición no permitía salirse de la síntesis divulgadora. Los colaboradores, conscientes de estas limitaciones, acudieron a los números de orden precedidos de un asterisco para destacar «la importancia de ciertos folletos como piezas de interés para el historiador». Los dos fascículos que se publicaron reúnen información sobre los lotes de folletos que se hallan en cuatro centros madrileños: en la Biblioteca Nacional, Hemeroteca Municipal y Bibliotecas del Servicio Histórico Militar y del antiguo Ministerio de Información y Turismo. Entre los folletos y ensayos breves analizados están los fondos de Juan Estelrich, que pasaron a la Biblioteca Nacional por una indicación de Palacio Atard, pues iban a ir a Mallorca.

La publicación abre un ensayo del profesor Palacio sobre la publicística panfletaria de la guerra de folletos, «destinada a captar la adhesión de la opinión pública extranjera», y es un sobrio y lúcido estudio metodológico que constituye la mejor introducción al tema sobre la guerra de España y técnicas de propaganda. No vamos a hacer aquí la historia de la edición de folletos que las oficinas de propaganda de gobiernos y partidos pusieron en circulación durante los primeros meses de la guerra. Pero en la guerra de folletos se adelantaron los republicanos del Frente Popular. «Ese descuido», ha escrito Palacio en el magnífico ensayo *La guerra de folletos*, «que existió en el lado nacional durante los primeros meses de la guerra, permitió tomar consistencia a

(17) Herbert Rutledge Southworth: *El mito de la cruzada de Franco. Crítica bibliográfica*. París, 1963.

(18) Ricardo de la Cierva: *Cien libros básicos sobre la guerra de España* (Madrid, 1966), y *Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes históricos. Fuentes para la historia contemporánea de España* (Madrid, 1968). La introducción general a este libro se fundamenta en *Análisis e historiográfica de la guerra española*, folleto publicado en la colección del Ateneo. Madrid, 1967.

(19) *Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)*. Serie 1, fascículo 1. *Folletos 1* (1966), y *Folletos 2* (1968). Universidad Complutense de Madrid.

ciertos clichés vertidos por la propaganda contraria en los medios internacionales disputados» (20).

Vicente Palacio, que refiere muy exactamente las verdaderas razones de la abundancia de escritos sobre la guerra, dice que se ha escrito un número casi increíble de títulos entre libros, folletos y artículos de revistas que «pueden calcularse fácilmente por encima de los 10.000» (21). Y fue la dimensión europea la que ha contribuido a que una vez terminada la guerra se continúe escribiendo sin que tras cincuenta años decaiga el interés. Sobre el desconcierto que la guerra ideológica producía en Europa escribía el historiador italiano Guarini «que cada Estado europeo estaba dividido internamente sobre la política a seguir con respecto a España» (22). Tras la muerte del general Franco se aprecia un acusado descenso del número de publicaciones extranjeras y aumentan las de autores españoles.

### Los periódicos

Sobre los periódicos de la guerra ya hay buenos repertorios. En los últimos veinte años se han publicado numerosas obras, pero hasta que la colección de los *Cuadernos Bibliográficos de la guerra*, publica en 1967 *Periódicos 1* —que serviría de estímulo para trabajos posteriores— no existía un estudio global moderno que abarcara toda la prensa de guerra. Este fascículo proporciona lo mejor de la publicística de la prensa bélica. Incluye 1.346 fichas de publicaciones periódicas, de máximo interés, editadas en tiempo de la guerra. Es ya una obra clásica acerca de prensa de guerra y hemos de citar ante todo el prólogo de Palacio Atard «Los periódicos de la guerra», sobre el manejo de la prensa como fuente histórica.

Entre la bibliografía posterior, otro repertorio de periódicos cuantitativamente numeroso, aunque limitado a la prensa republicana, es el ensayo de Serge Salaun, *Prensa republicana en la guerra civil*. Sobre la prensa de trincheira, el artículo de Rafael Abella, *La prensa republicana*. Para Cataluña, *Historia de la prensa catalana*, de Joan Torrent y Rafael Tasis. Sobre Asturias, García Miranda, *Asturias 1936-1939. Prensa republicana de guerra*. Un breve ensayo de la prensa valenciana de guerra lo hace en *Saitabi* Tomás Villarroya. Más recientemente, Gutiérrez Álvarez y Arranz Izquierdo estudiaron la prensa en León (23).

(20) V. Palacio Atard: «La guerra de folletos», en *Cuadernos Bibliográficos, Folletos 1*. Universidad Complutense de Madrid, 1966.

(21) V. Palacio Atard: Ob. cit.

(22) P. Guarini: «L'Italia dal 1914 a 1945», en *Nuove questione di Storia contemporanea*. Ed. Marzorati. Milán, 1968. II, pág. 1.243.

(23) *Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)*. Serie 2. *Periódicos 1*. Universidad Complutense de Madrid, 1967. Sergio Salaun: «Prensa republicana en la guerra civil», en *Revista de Estudios de Historia Social*, 1-II, 1983. José Armero y M. Aric: *España fue noticia. Corresponsales extranjeros en la guerra de España*. Madrid, 1976. En el capítulo V trata el tema de la prensa y



Había recelo entre algunos historiadores en aceptar la prensa como fuente histórica, porque proporcionaba noticias sin perspectiva; pero hoy está considerada como una fuente de primera calidad, siempre que se utilice con serenidad objetiva. En los periódicos publicados en tiempo de guerra, el historiador tiene que contar con la manipulación de la noticia, porque es algo inherente a esa clase de información periodística. Pero guiado por criterios de selección, no puede ser víctima de estas distorsiones.

La importancia de la prensa como fuente para estudiar la guerra civil española fue señalada por Palacio Atard en el ensayo *Los periódicos de la guerra*. En este espléndido análisis traza panoramas originales y brillantes sobre el aprovechamiento de esta fuente histórica y llama la atención sobre «las informaciones difundidas durante los primeros días» porque «almacenan una turbamulta de noticias falsas acerca de la situación general del país, por la guerra de noticias desencadenada el mismo día 18 de julio de 1936».

Por supuesto, las colecciones de periódicos guardan documentos inapreciables todavía. Sobre la dificultad de su manejo hay que citar el ensayo del historiador Manuel Ballesteros G. sobre *Faceta no estimada de la prensa. La prensa y las fuentes hitóricas*, que concluye: «Estableciendo el carácter de fuente que posee la prensa, sólo nos acongoja una pena al hacerlo así: convirtiendo a la prensa en fuente histórica, legamos a nuestros hermanos los historiadores del mañana uno de los tormentos que se le olvidó al Dante colocar en sus círculos infernales: el del hojear incansable de las colecciones periodísticas en busca de un dato insignificante, oculto en la esquina de sus apretadas columnas de letra impresa» (24). Sin embargo, pese a las dificultades del manejo de la «prensa» del siglo XVII, Gonzalo Céspedes y Meneses aprovechó como fuente histórica para la *Historia de Felipe III*, las *gacetas*, tanto nacionales como extranjeras, así como las *relaciones* de ciegos y las que traen los libros llamados *Mercurios*, de cuyos autores decía Tamayo de Vargas que «mienten

---

las Brigadas Internacionales, y trae una breve relación de 63 títulos de periódicos del frente. También sobre la prensa de trinchera, el artículo de Rafael Abella, «La propaganda republicana», en el número 97 de la revista *Historia y Vida*. Jacques Kaiser publicó un ensayo sobre la «Prensa y su valor histórico», en *Revue Historique*. París, 1957. Tomo 258, págs. 284-309., que viene a ser una síntesis de experiencias ya publicadas. Para Cataluña contamos con una obra fundamental en la historiografía catalana; el libro de Joan Torrent y Rafael Tasis, *Historia de la premsa catalana*, con noticias de más de 7.000 títulos. Sobre Asturias, el ensayo de Juan Carlos García Miranda: *Asturias, 1936-1939. Prensa republicana de guerra*. Biblioteca Popular Asturiana. Oviedo, 1982. La prensa valenciana de la guerra la estudió Joaquín Tomás Villarroja, «La prensa de Valencia durante la guerra civil (1936-1939)», en *Saitabi*. XXII, 1972, págs. 87-121. Más recientemente, para la región leonesa, Secundino-José Gutiérrez Álvarez y Luis Arranz Izquierdo, en la serie «La guerra civil española en León», que publica *Diario de León* y la Junta de Castilla y León. Son dos fascículos sobre *Diario de León* y *Proa*. También Julio Gómez de Salazar y Alonso: «Bibliografía sobre la prensa española. Obras publicadas desde 1900», en *Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas*. Año III, núm. XVII. Madrid, enero-febrero 1954. Presenta 334 títulos. Y los estudios de 1974 y 1975 de Eloy Fernández Clemente y de Rafael Osura.

(24) Manuel Ballesteros G.: «La prensa y las fuentes», en *Arriba* de 21 de noviembre de 1942 y los días 17 y 18 de febrero de 1943.

de oficio y de voluntad» (25). Estas valoraciones de Tamayo de Vargas sentarán las bases del descrédito de la prensa como fuente de información.

No podemos perder de vista que entre los problemas que plantea la investigación en los periódicos está —según señala el profesor de la Sorbona de París, Robert Marrast—, «una tendencia frecuente que consiste en proyectar sobre los periódicos establecidos en un período dado uno o varios conceptos apriorísticos, para después recoger en los diarios y en las revistas la expresión, negativa o positiva, de estos conceptos» (26).

Señala Palacio que la principal característica de los periódicos de la guerra es la de la beligerancia total. «La prensa», escribe, «fue un elemento básico, el principal elemento de la propaganda de guerra, junto con la radio» (27). Muchas veces nos hemos olvidado de la importancia de la prensa en el desconcierto de los primeros días, completamente desbordadas las autoridades locales por las masas. Cuenta el «ABC» de Madrid (13-VII-38) que «desde los comienzos de la sangrienta lucha, en los días de indecisión y titubeo, la prensa, especialmente los periódicos madrileños, dieron aliento al pueblo y contribuyeron de un modo poderoso, tal vez decisivo, al éxito de las primeras jornadas».

La prensa del lado nacional muestra las grandes grietas de toda construcción política con mando único. La variedad de expresión que se advierte durante los primeros meses desaparece a partir del decreto de unificación del 19 de abril de 1937, al integrarse en la FET y de las JONS y fundamentar en la energía de un solo grupo la dirección del nuevo Estado. M. García Venero escribía en la revista *Fe* (abril de 1937) que el periodismo de empresa y el político habían muerto «para ser reemplazados por el editorialista anónimo, inspirado por el Consejo de Administración. La revolución nacional que encarna la Falange destruirá el periodismo antiespañol de empresa. Destruirá, asimismo, el periodismo de partido. El nacional sindicalismo postula un periodismo técnico y políticamente al servicio absoluto de la patria. No existirá en España otra prensa que la dirigida por el Estado Nacional Sindicalista. El periodismo no será ni un negocio económico ni un arma política contra el Estado».

Sin embargo, subraya Palacio que a lo largo de los treinta y tres meses de guerra la prensa republicana mantuvo «una cierta variedad de expresión, porque las organizaciones políticas, sindicales o gubernamentales conservaron cada una su estilo y sus programas» (28).

El coronel Segismundo Casado, jefe del ejército del centro, lamenta que la

(25) Gonzalo de Céspedes y Meneses: *Primera parte de la historia de Don Felipe el III*. Pedro Graebseech, 1631, y Cristóbal Pérez Pastor. Bibliografía madrileña. III. Madrid, 1907. Págs. 54-59.

(26) Robert Marrast: «La prensa española del siglo XX. Algunos problemas de investigación», en Tuñón de Lara y otros: *Prensa y sociedad en España (1820-1936)* (coloquios de Pau). Madrid, 1975. Pág. 16.

(27) V. Palacio: «Los periódicos de la guerra», en *Periódicos I* de los *Cuadernos*.

(28) V. Palacio: Ob. cit.

prensa y la propaganda, «dos potentísimas armas de influencia indiscutible», fuesen poco eficaces durante la guerra. «Pero esa falta de eficacia», añade, «no es imputable a los partidos políticos y sindicatos. No, la labor de la prensa no fue eficaz y sí perjudicial porque no existía un órgano rector capaz de dar directivas a la prensa periódicamente para que tuviera bien orientada a la opinión... Los periodistas pedían normas y orientaciones al Gobierno para saber cómo tratar ciertos asuntos de política interior o exterior. Todo era inútil. Era como dar voces en un descampado». No olvidemos que en 1936 en la España republicana se pusieron en marcha varias revoluciones que el Gobierno fue incapaz de controlar. Y en este sentido la denuncia de Casado es contundente: «Las consecuencias fueron funestas, la censura abría la mano y todo aquello que tuviera un matiz antifascista lo publicaba». La actividad militar —en la guerra— era difícilmente compatible con la de los partidos obreros. El partido comunista «arrimaba el ascua a su sardina y sintiéndose un poco rector de la guerra, es natural que utilizara su prensa con la pretensión de imponer su criterio... Procuraban por todos los medios coaccionar a quienes no se avenían con sus deseos; dejaban maltrecha la disciplina en las trincheras» (29). Tales gestos de la prensa merecieron también la condena del general Vicente Rojo, porque «los juegos y exageraciones contraproducentes de la prensa y de la propaganda» sembraban el disgusto y creaban «un ambiente cada día más denso de desconfianza y de apagamiento que atacaba la buena moral» (30).

Como revela Eduardo Ortega y Gasset en un buen ensayo sobre *La prensa española durante la guerra civil*, las relaciones entre la prensa de partido en el lado republicano no eran buenas. Ha escrito también que «las polémicas entre los diversos grupos se alzaban numerosas y las tempestades más violentas estallaban entre unos y otros, sin que la censura de guerra, muy severa para todos, impidiese esas tristes manifestaciones. Las disposiciones tomadas por algunas autoridades resultaron ineficaces por no haber sido apoyadas por el Gobierno, en el cual tenía un defensor cada una de esas voces» (31).

En unas declaraciones de José Carreño España —consejero de prensa y propaganda de la Junta de Defensa de Madrid y encargado de la censura— hechas al *ABC* de Madrid el día 26 de abril de 1937, no duda en reconocer que como censor fue tolerante, aunque le tachasen de débil. «La censura», dice, «ofreció siempre muy serias dificultades. Advertí que se encontraban frente a frente los elementos antagónicos: los marxistas y los anarquistas, correspondiéndonos a los republicanos actuar de fiel de balanza. Ciertamente, que si las circunstancias fuesen otras, hubiera mostrado mayor rigor ante la actitud

---

(29) Segismundo Casado: *Así cayó Madrid*. 1968.

(30) General Vicente Rojo: *Alerta los pueblos*. Buenos Aires, 1939. Pág. 26. El mismo general Rojo, en *Así fue la defensa de Madrid*. Méjico, 1969. Pág. 143, insiste en que incluso en la prensa se criticaba al Gobierno «que dirigía la guerra».

(31) Eduardo Ortega y Gasset: «La prensa española durante la guerra civil», en *Cahiers de Presse*. Núm. 3, Univ. de Paris, Institute de la Presse. Julio-agosto 1939. Págs. 247-256.

de algunos periódicos. Pero cuando las organizaciones que representaban estaban jugándose la vida en defensa de la causa, confieso mi repugnancia a tomar ciertas medidas contra sus órganos de opinión».

Existe otra prensa también, la prensa de trinchera, que tuvo su precedente en la primera guerra mundial en la prensa escrita por los propios soldados franceses e ingleses en las trincheras. Prensa de trinchera se llamó a los periódicos publicados por unidades combatientes. Esta prensa, inicialmente de vida efímera y de publicación irregular, tuvo un gran florecimiento en la zona republicana. Y se consolida con la creación de los comisarios políticos, «cuya misión específica era atender a la propaganda de los ideales de guerra entre los combatientes. Así, los comisarios fueron la base de toda esa superabundante producción periodística» (32).

El italiano Luigi Longo, de las Brigadas Internacionales, cuenta en sus *Memorias* las consignas «dadas a sus soldados sobre la importancia de los periódicos de trincheras» y cómo se «pusieron en evidencia los graves defectos de nuestra prensa: demasiado alejada de la vida y de los problemas reales de los combatientes». Y concluye: «Es absurdo pretender que el soldado lea en la línea de fuego periódicos con sutiles disquisiciones ideológicas».

En la zona nacional, los periódicos del frente estuvieron muy limitados. Con la excepción de *El Alcázar*, *El soldado español* y algún otro, como *Ametralladora* (33).

### Memorias de protagonistas

A finales de la década de los sesenta ya se habían publicado un gran número de reportajes de testigos, diarios y memorias de protagonistas. Casi todos los personajes importantes de nuestra guerra nos han dejado sus recuerdos. Todavía quedan memorias inéditas, algunas muy importantes.

Las memorias de protagonistas, imprescindibles para completar el análisis histórico, no habían sido debidamente atendidas; pero desde 1967 se ha hecho una importante contribución a las mismas en la obra de los *Cuadernos*

---

(32) V. Palacio Atard: *Los periódicos de la guerra*. Pietro Nenni escribió en *Nuovo Avanti* (28-I-1939) en París sobre el comisariado y la organización de la propaganda en la guerra de España. Se organizaron escuelas para comisarios y propagandistas lo mismo que las había para los oficiales. Este breve ensayo está recogido en sus memorias sobre la guerra de España.

(33) *La Trinchera* en el núm. 3 pasó a llamarse *La Ametralladora*. Sobre esta publicación dirigió el profesor Palacio una Memoria de Licenciatura. M. Mihura, uno de los fundadores del periódico, cuenta la historia de su fundación en el periódico *Pueblo*, de Madrid, el 31 de marzo de 1962. Son interesantes también otros artículos del mismo periódico, el 14 de marzo y siguientes de 1960. Entre la prensa republicana dedicada al combatiente están *No pasarán* y *Milicia Popular*, diario del 5.º Regimiento de Milicias Populares que publicaron su primer número el 26 de julio de 1936. De él dijo Eduardo de Ontañón que era el más importante de los periódicos del frente; en *Estampa*, de Madrid, 29 de septiembre de 1936. Contaba con un cuadro de escritores prestigiosos del que son buen exponente entre otros Ramón J. Sender, José Bergamín, José Díaz y José Herrera Petere.

*bibliográficos de la guerra de España* (34). Son tres volúmenes que suman un conjunto de 375 memorias o reportajes de testigos y protagonistas de la guerra española, analizados desde el punto de vista de su interés historiográfico a través de 672 páginas. Son un útil instrumento de aproximación a la realidad, porque los testimonios de testigos son siempre valiosos para una primera aproximación a los temas y para reflejar un ambiente, aunque las *Memorias* basadas en el recuerdo lejano revelan fallos en la precisión de los hechos, sobre todo en lo que se refiere a las fechas.

Los reportajes y memorias se proyectan desde ángulos de observación que limitan el campo. Son puntos de vista que condicionan el testimonio, igual que el paso del tiempo introduce la distorsión del recuerdo. «En general», apunta Palacio Atard en *Las memorias de la historiografía de la guerra*, estudio que precede a «Memorias 1», «las memorias como testimonios históricos están sujetas a posibles mistificaciones, con grave mengua del valor testimonial o del simple interés». Esto lleva al lector a plantearse el problema de la veracidad y el manejo de las fuentes, así como del valor historiográfico de los libros de memorias. Aunque pocas veces pueden desecharse totalmente, ya que al menos sirven para conocer las deformaciones que se introducen de manera consciente.

Desde el punto de vista de la distorsión de los hechos que pueden confundir al lector, cita Palacio a Mr. Eden (1955-1957), que «explica en sus *Memorias la postura que adopta ante España y sufre uno de esos efectos racionalizadores que hacen olvidar o prescindir de la realidad de unas cargas sentimentales subjetivas en aquella hora*».

En los fascículos de *Memorias* se incluyen diferentes tipos de memorias y reportajes. Las hay de políticos, como Largo Caballero, Gil Robles, I. Prieto o Manuel de Irujo. También de los corresponsales de guerra que informaban para el extranjero; los que informaban a sus lectores a través de los periódicos y aquellos que enviaban en la valija diplomática la información a sus gobiernos. Se ha dicho que los primeros eran, generalmente, favorables a los republicanos y los segundos al general Franco, con la excepción del embajador americano Bowers, nombrado por Roosevelt y que representó a su país entre junio de 1933 y marzo de 1939. Para escribir sus memorias, *Misión en España*, se sirvió de su diario y de los informes enviados al Departamento de Estado.

Entre los diplomáticos que han dejado sus recuerdos y experiencias están Roberto Cantalupo, primer embajador italiano ante el gobierno de Franco; su obra se titula *Embajada en España*. El embajador de Chile en Madrid, Núñez Morgado, aporta datos muy rigurosos sobre la actuación humanitaria de las embajadas en *Los sucesos de España vistos por un embajador*. El cónsul de Noruega en Madrid, y en 1936 el único funcionario oficial de su país, cuenta en

---

(34) V. Palacio Atard y otros: *Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)*. Serie 3, *Memorias I*, 1967; *Memorias II*, 1968, y *Memorias III*, 1969. Universidad Complutense de Madrid.

sus memorias una larga conversación con Dolores Ibarruri —Pasionaria—, que le manifiesta que «no quedaba otra solución que el que media España exterminase a la otra media».

Las memorias y reportajes han tenido siempre buena aceptación en el mercado. La puesta al día en el conocimiento de estas obras exige atención especial, ya que desde principios de 1970 se ha acelerado la difusión de este género. El editor G. de Toro venía publicando al año varios volúmenes sobre temas de la guerra, donde no han faltado los reportajes de testigos. También Planeta y Ariel presentan en sus catálogos excelentes memorias de destacadas personalidades, testigos y actores de la historia de 1936-1939. Una de las últimas memorias que publicó la colección Espejo de España, de Planeta, fueron las de Diego Martínez Barrio.

### Anejos I. Aproximación histórica a la guerra de España (35)

Es el resultado de un curso monográfico de doctorado que se realizó en la cátedra del profesor Palacio. Intervienen también el general Ramón Salas Larazábal y Ricardo de la Cierva. Reúne ocho trabajos sobre un conjunto de factores interiores y exteriores de la guerra civil de 1936-1939.

Nos referimos a los cuatro estudios del profesor Palacio que son los grandes temas que dominan la obra, sin que olvidemos los valiosos trabajos de De Salas y De la Cierva. Los dos primeros tratan de centrar el estado de la *Literatura sobre la guerra* y de la *posibilidad* de hacer un planteamiento científico, universitario del estudio del tema, gracias a nuevas fuentes o documentos; pero teniendo en cuenta los «límites que recortan cualquier estudio acerca de la historia del próximo pasado». Al cabo de treinta años de distancia se preguntaba Palacio por qué interesaba el tema ante el hecho que periódicos, revistas y editoriales concedan tanta atención al recuerdo de la guerra (36). La respuesta es sencilla: se trata de «encontrar una explicación racional de lo que fue un acontecimiento de dimensiones históricas extraordinariamente profundas» (37). Palacio insiste en que no debiera olvidarse, por lo significativo, «la aceptación y los lectores que la literatura de la guerra tiene más allá de nuestras fronteras, no sólo entre exiliados o gente de habla española, sino en los medios más diversos» y en países ajenos a toda participación en la guerra, «como es el caso de Japón».

Al hablar de las publicaciones sobre la guerra conviene no olvidar el hecho que supuso la publicación de una síntesis de la guerra para el gran público japonés, hecha por el profesor Takashi Saito en 1966, «en una de las colecciones populares de bolsillo más divulgadas del país». Entre las publicaciones

---

(35) *Aproximación histórica a la guerra española (1936-1939)*. Anejos de «Cuadernos Bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)». Núm. 1. Universidad Complutense de Madrid, 1970.

(36) V. Palacio Atard: *La literatura histórica sobre la guerra de España*. En Anejos I, pág. 12.

(37) V. Palacio: Ob. cit., pág. 13.

conmemorativas del trigésimo aniversario del comienzo o fin de la guerra, debemos señalar la revista italiana *Secolo XX*, que dedicó 16 números consecutivos al tema. Una obra de interés para la historia de la difusión mediante cuadernillos fue la edición de los cuadernos *Codex*, que se vendió cien semanas seguidas en los quioscos y contiene gran caudal gráfico informativo (38).

En los otros dos estudios replantea la cuestión de la actitud de *El Gobierno ante la conspiración de 1936* y «sugiere el interés y las posibilidades de un estudio a fondo sobre la *Quinta columna, la movilización popular y la retaguardia* para determinar con alguna aproximación el alcance de la movilización popular y el número de auténticos combatientes voluntarios durante la guerra» (39). En torno a la conspiración se habían abierto varios frentes y los conocimientos sobre los preparativos para la sublevación de julio «es lo suficientemente completa para que Palacio se refiera no a la conspiración, sino a las varias conspiraciones simultáneas».

## Anejos II (40)

La obra de María José Montes que se publica en estos anejos recoge varios centenares de títulos de novelas y obras de creación literaria, teatro, poesía, cuentos, novelas cortas, etcétera. Hay que señalar también los escritos de algunos autores que han hecho estudios importantes. Así, José Luis S. Ponce de León, *La novela española en la guerra civil (1936-1939)*, Madrid, 1971. *La guerra civil española en la novela. Bibliografía comentada*, en tres volúmenes. Madrid, 1982, escrita por Maryse Bertranal de Muñoz. La revista «La Torre», de la Universidad de Puerto Rico, ya había publicado en 1968, número 61, un interesante ensayo de la misma autora sobre *Bibliografía de la novela de la guerra civil española*.

## Cinco historias de la República y de la guerra (41)

La Iglesia y la guerra civil es uno de los grandes temas de la historia contemporánea de España. Disponemos de estudios modernos que tratan aspectos monográficos importantes, sobre planteamientos ideológicos, historiográficos

---

(38) Se tituló *Crónica de la guerra de España*. Fue la publicación más resonante de entonces y de mayor efectos políticos. R. de la Cierva tuvo mucho que ver en esta serie.

(39) V. Palacio Atard: «La Quinta Columna, la movilización popular y la retaguardia», en *Aproximación histórica*. Pág. 241.

(40) Anejos 2, de *Cuadernos*.

(41) V. Palacio Atard: *Cinco historias de la República y de la guerra*. Madrid, 1973. Dos de los ensayos que se recogen, sobre «La República y la Iglesia» y «La Iglesia y la guerra de España (1936-1939)» habían sido publicados en el *Diccionario de historia eclesiástica de España*, del CSIC, en 1972, el primero en el vol. II, págs. 1.179-1.184, y el segundo en págs. 1.184-1.188 del mismo vol. II.

ficos, el papel de la Iglesia en Cataluña y en el País Vasco, y las relaciones de la República con la Santa Sede.

Antes de los años setenta —fecha de la aparición de los primeros trabajos de Palacio Atard—, se habían publicado muchos libros sobre el tema. Entre ellos, los de Iturralde (pseudónimo de Juan de Usobiaga) sobre *El catolicismo y la cruzada de Franco*. Y un extenso número de títulos sobre temas político-religiosos, pero que no proporcionaban perspectivas interesantes debido a excesivas apreciaciones preconcebidas. Es en 1972 cuando Palacio Atard —y casi simultáneamente Alberto Onaindía—, apoyándose en documentación de primera mano, promueven una revisión historiográfica de temas relacionados con la Iglesia y la guerra civil, pero con criterios diferentes a los de Iturralde y demás publicaciones de la editorial Egi-Indarra, con sede en Toulouse (42). No obstante los años transcurridos desde que fueron publicados, los estudios de Palacio constituyen un punto de referencia de la moderna historiografía sobre el tema.

Entre los estudios que se han publicado después de la mencionada obra de Palacio se cuenta con las aportaciones de Ragner, Rodríguez Aísa, Tello, Cámara Villar, Marquina, Ruiz Rico, Bernardino Hernando, Garriga, Salas Larrazábal, Gutiérrez Álvarez y Leandro Higuera, Manet y Raventós, Fernández García y «La Iglesia durante la guerra», número 13 de la serie que publica «Historia 16» sobre la guerra civil (43).

De las *Cinco historias* merecen recordarse los *Intentos del Gobierno republicano de restablecer relaciones con la Santa Sede durante la guerra civil*. Contiene muchos documentos inéditos y fuentes de muy primera mano. Por eso es uno de los estudios más ricos en contenido de esta naturaleza y de los más sugerentes. Las relaciones Iglesia-Estado durante la República y guerra civil era

(42) Alberto de Onaindía: *Hombre de paz en la guerra. Capítulos de mi vida I*. Ed. Vasca Ekin. Buenos Aires, 1973. El vol. II, *Experiencias del exilio*, apareció en 1974.

(43) Hilari Balaguer: *La Espada y la Cruz (La Iglesia, 1936-1939)*, Barcelona, 1977. M. L. Rodríguez Aísa: *El cardenal Gomá y la guerra de España. Aspectos de la gestión pública del primado, 1936-1939*, Madrid, 1981. J. A. Tello: *Ideología y Política. La Iglesia católica española (1936-1959)*, Universidad de Zaragoza, 1984. G. Cámara Villar: *Nacional-catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1945)*, Jaén, 1984. Antonio Marquina: *La diplomacia vaticana y la España de Franco*, Madrid, 1977. Bernardino M. Hernando: *Delirios de cruzada*, Madrid, 1977. Ramón Garriga: *El cardenal Segura y el nacional-catolicismo*, Barcelona, 1977. Ramón Salas Larrazábal: «Situación de la Iglesia en la España republicana durante la guerra civil», publicado en «VI Semana de Historia Eclesiástica de España Contemporánea», El Escorial, 1983, y «Los católicos ante la guerra civil», en homenaje a J. Ruiz Jiménez, «Iglesia, Estado y sociedad», en *España, 1.930-1982*; Barcelona, 1984. Secundino-José Gutiérrez Álvarez, *Aspectos políticos y religiosos del nacionalismo vasco*, tesis doctoral. Secundino-José Gutiérrez y Leandro Higuera: *La actitud de la Iglesia, participación y su tradicional peso en Castilla*, fascículo 8, parte segunda, de la serie «La guerra civil española en León» que publica *Diario de León y La Junta de Castilla y León*; León, 1987. A. Manet y Raventós: *L'Esglesia clandestina a Catalunya durant la guerra civil (1936-1939). Els intents de restablir el culte públic*. Abadía de Montserrat, 1984. Antonio Fernández García: «La Iglesia española y la guerra civil», en *Revista Studia Histórica*, de la Universidad de Salamanca, vol. III, núm. 4, 1985.



hasta hace pocos años de los temas menos estudiados, si exceptuamos a Palacio. La publicación de M. Balltor y V. M. Arbeloa del archivo Vidal y Barraquer han dado a conocer textos importantes de la correspondencia que permite mayores precisiones sobre las relaciones del cardenal con el gobierno durante la República en fechas anteriores a la guerra civil.

Las relaciones Iglesia-Estado durante la guerra y la «conflictividad de mentalidades que se suscita» ha sido replanteado a fondo, con metodología moderna, en la que se organiza el material de trabajo lejos de apreciaciones subjetivas. Expone con su serenidad de siempre el papel de Irujo en el curso reservado de las negociaciones entre el gobierno republicano y sectores católicos para rectificar el trato dado a la Iglesia en la zona sometida a la República. Por la confidencia epistolar que Palacio reproduce en esta investigación, Irujo contó inicialmente con el apoyo del doctor Vila de Abadal y Carrasco Formiguera. José María Trías fue el continuador de los contactos que el doctor Vila había establecido en Francia. «En orden a una rectificación de la situación religiosa, la medida más importante que logró pasar Irujo fue el Decreto de 7 de agosto de 1937», que autorizaba el culto privado. Un proyecto de tolerancia religiosa más amplia redactado por Balbontín —vocal de la Comisión Jurídica Asesora en el Ministerio de Justicia— fracasó por la hostilidad de los anarquistas (44).

Para Palacio, el decreto autorizando el ejercicio del culto privado «era el punto de partida para intentar establecer contactos con el Vaticano a fin de preparar el restablecimiento de relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno de la República». Sobre las gestiones oficiosas cerca del nuncio en París que llevaron Luis Nicoláu d'Olver y Andrés de Irujo —verano de 1937—, cuyo único resultado positivo de la gestión era el viaje informativo que haría a la España republicana el doctor Tarragó, nos muestra documentación valiosísima e inédita.

Una de las causas que explican el fracaso de las múltiples gestiones hechas en 1937 y 1938 fue el problema que planteaba el obispo Polanco. «La prisión del obispo de Teruel», concluye Palacio, «se interfería en esta situación general» (45).

### ¿Por qué no se continuó la publicación de los Cuadernos?

La continuación de los *Cuadernos* quedó truncada por falta de recursos económicos. En 1967, en el fascículo *Periódicos I* de los *Cuadernos*, Palacio hacía esta dolorosa confesión: «Para terminar, debo decir que los recursos económicos muy limitados de que dispongo para editar estos *Cuadernos* me obli-

---

(44) José Antonio Balbontín: *La España de mi experiencia*. Méjico, 1952. Pág. 367.

(45) V. Palacio Atard: *Cinco Historias*. Pág. 108.

gan a guardar un ritmo de edición más lento del que esperaba. Confío en que más adelante pueda acelerar este ritmo y se asegure una publicación regular de tres *Cuadernos* al año». No sabemos si hubo problemas objetivos de situación.

Me atrevo a afirmar que la figura de Vicente Palacio Atard ocupa en la historiografía de la guerra un lugar privilegiado. Fue un maestro teórico que hizo un proyecto de investigación y lo suficientemente práctico para ponerlo en obra.